

## FILOSOFÍA DE LA NATURALEZA Y MEDICINA NATURAL. A PROPÓSITO DE LA HOMEOPATÍA

Luciano Espinosa Rubio

*El presente trabajo se ocupa de las implicaciones filosóficas de la Homeopatía, lo que supone introducir sus principios básicos y algunos datos históricos de interés, para replantear –al hilo de su enfoque terapéutico– algunas cuestiones perennes del pensamiento: las relaciones entre ser humano y naturaleza, entre lo universal y lo particular, el holismo y la interdependencia ecológica en sentido lato, la variedad de equilibrios en aras de una visión integral de la salud... El auge social (y crecientemente institucional) de estas prácticas demanda un examen teórico y práctico sin prejuicios, con la intención de servir a un humanismo enriquecido.*

### I. Algunas nociones básicas

1. Las llamadas *medicinas naturales* están adquiriendo importancia y reconocimiento crecientes en nuestra sociedad, incluida su incipiente institucionalización en la línea de lo ocurrido en Europa<sup>1</sup>. Desde un punto de vista filosófico hay un trasfondo relevante en la forma de entender «lo natural», así como la salud y la enfermedad, donde se mezclan viejas creencias y enfoques novedosos. Aquí no se trata de juzgar su validez, sino de examinar algunas de sus teorías sin prejuicios, tal como se estudian otros discursos filosóficos más convencionales, con independencia de su verdad científica o no. Tampoco se pretende oponer este tipo de medicina a la más *ortodoxa* hoy día o académica, sino apuntar su posible complementariedad y reabrir la Filosofía de la Naturaleza a otra de sus fuentes de reflexión, según ha ocurrido a lo largo de la historia. En efecto, la *Vis medicatrix naturae* (también *Physis sana automatos*) ha sido un pilar insoslayable del pensamiento durante siglos, y aún hay mucho que decir sobre una medicina que se libere de cualquier

<sup>1</sup> La homeopatía, por ejemplo, figura en la Sanidad Pública de países como Francia o Alemania.

mecanicismo deshumanizador. Es necesario recuperar la clásica noción de equilibrio dinámico en el ser vivo, y entre éste y las formas energéticas externas que le alimentan, condicionan y modulan. Lejos por igual de la reducción positivista y del naturismo supersticioso, se trata de profundizar en el grosor del *psicocuerpo* que «somos», más allá del mero rechazo a la enfermedad o de la inconsciencia de una salud que supuestamente sólo «tenemos». Por eso se ha dicho que la base de toda estrategia terapéutica frente a los obvios desequilibrios debe ser una consideración unitaria e integral del sujeto en sus interdependencias, con dos viejos corolarios añadidos: no hay enfermedades, sino enfermos, y tampoco hay problemas locales desconectados del conjunto<sup>2</sup>. Lo que significa que no valen abstracciones homogeneizadoras ni unilaterales, sino ópticas personalizadas a la par que globales.

Pues bien, la homeopatía constituye desde hace dos siglos una expresión paradigmática de este enfoque que se remonta al inicio de la tradición occidental, en buena medida perdido y hoy en trance de recuperación crítica. No debe olvidarse que Filosofía y Medicina se dan la mano desde el principio (presocráticos como Alcmeón, Parménides o Empédocles son médicos), lo que significa que comparten categorías básicas: la *Physis* que obedece ciertas leyes para constituir un cosmos ordenado, bello y regular, es la misma en ambas y atañe por igual al universo y al hombre. Como sentenció Platón: «De acuerdo con Hipócrates, es imposible conocer la naturaleza del cuerpo sin conocer la naturaleza del todo» (*Fedro*, 270 c), pues el filósofo y el médico buscan el mismo fin que consiste en el equilibrio y el desarrollo de la existencia, dentro del gran marco común. Luego hay una concepción antropológica compartida, que se define por la proporción y la medida, por las correspondencias y analogías entre lo macro y lo microcósmico, por el ajustamiento y la armonía. Visión cualitativa y unitaria de la realidad, en fin, interpretada desde una y otra disciplina de modos específicos, pero siempre en clave de sintonizar con el orden general<sup>3</sup>, de ahí que haya algunas constantes primordiales a lo largo de la historia de ambas.

Recuérdese como ejemplo el paralelismo entre los cuatro elementos que constituyen el cosmos y los cuatro humores que conforman al ser humano (lo que da lugar a los cuatro grandes tipos o temperamentos), así como el hecho de que se contrapesen: el aire-sangre se opone a la tierra-bilis negra y el fuego-bilis lo hace con el agua-flema. Esto se relaciona, a su vez, con una teoría del medio, de manera que la fisiología se compone con la geografía y la cultura: las condiciones ambientales determinan el predominio de un humor sobre el resto, lo que arroja cierta tipología humana y social, con sus correspondientes tendencias y comportamientos. Así, «la teoría de los humores

<sup>2</sup> Cf. F. Alberto CONSTAN, *La Medicina integral. Bases teóricas de la Nueva Medicina*, Madrid, Librotec, 1993, p. 132.

<sup>3</sup> Tomo como referencia el trabajo de J. A. ANTÓN, "Filosofía, vitalismo y medicina" en *Revista Española de Homeopatía*, nº 8, Madrid, pp. 18-24.

presupone también una simpatía entre cuerpo y mente: los buenos o malos humores del cuerpo actúan sobre la mente, las pasiones y desórdenes de ésta influyen en el cuerpo. Los humores –con las relaciones entre mente y cuerpo– en combinación con las influencias de aires, aguas y lugares, podrían así explicar no sólo la salud física y mental, sino las características físicas y culturales de los pueblos como un todo<sup>4</sup>. El resultado (con independencia de su erróneo determinismo) es notable porque relaciona el plano cosmológico con otro psicosomático, y éste con un tercero etnológico a través de la ecología. Cuatro dimensiones de una misma realidad, vinculadas tanto por la continuidad (correspondencias) como por la oposición de rasgos, principios, tipos, etc.; y en donde se dan lazos entre la salud, el clima, las costumbres y la organización política, por señalar algunos aspectos concretos. Lo que importa es la visión de conjunto, capaz de integrar diversos ámbitos.

Es sabido que la obra de Hipócrates supone un hito al respecto, en particular la titulada *Aires, aguas, lugares*. En este contexto, la salud se define como mezcla armoniosa de humores y equilibrio de potencias, es decir, como conjunción satisfactoria de todas las variables. Además, el gran médico griego sentenció que la experiencia contrastada debe primar sobre la especulación, sin que ésta pueda suplantar a los hechos, de modo que la teoría general aludida está cribada por una práctica médica rigurosa, y no al revés. Quizá por apoyarse en estos presupuestos (idea de la integración de distintas dimensiones en un marco común y experiencia de las diversas reacciones orgánicas) pudo afirmar el principio básico de la homeopatía: *similia similibus curantur*, o que lo semejante se cura por lo semejante, pues «la mayor parte de las enfermedades se curan por los agentes susceptibles de producirlas»<sup>5</sup>. Ahora no rige la oposición de elementos, sino la sorprendente comunidad entre patología y terapia: el organismo sana por su controlada reacción ante lo mismo que le daña. Sin embargo, la idea imperante en nuestra cultura tiene que ver con el otro gran principio, el de la oposición: *contraria contrariis curantur*, esto es, hay que combatir al agente dañino por medio de aquello distinto que lo aniquila, donde el cuerpo se limita a ser el escenario de la batalla. La anterior metáfora terapéutica de la alianza de lo igual (*homeopatía*) se trueca en otra de carácter bélico por la total desemejanza (*enantiopatía*, *alopatía*), y se atisban ya los dos tipos de medicina derivados: uno más pacífico o suave y otro más agresivo o beligerante, basado aquél en lo común y éste en lo diferente, y donde el organismo resulta más activo o bien más pasivo.

2. Puede definirse la homeopatía como la medicina que busca restaurar desde dentro el equilibrio perdido, mediante la administración de preparados (unos dos mil posibles) minerales, animales o vegetales en dosis infinita-

<sup>4</sup> C. J. GLACKEN, *Huellas en la playa de Rodas. Naturaleza y cultura en el pensamiento occidental desde la Antigüedad hasta finales del siglo XVIII*, Barcelona, Ediciones del Serbal, 1996, p. 106.

<sup>5</sup> *De Morbo sacro*, Op. III, Ed. Haller, p. 131; cit. en A. García ANSORENA, *Homeopatía*, Santander, 1988, p. 24.

mente pequeñas que estimulan al organismo a curarse y que en otra dilución o cantidad producirían la misma dolencia que ahora sanan. La enfermedad ya no es el enemigo, sino la expresión reveladora de un problema o desajuste en tal sujeto con unas circunstancias concretas, y, una vez ayudado, él mismo es capaz de recuperarse. Tres son los grandes principios: *Principio de semejanza* (o ley de similitud), por el cual una substancia que en dosis ponderal provoca unos síntomas en un individuo sano, puede en dosis adecuadas curar esos mismos síntomas en uno enfermo. Precisamente, el *Principio de infinitesimalidad* garantiza mediante experimentación que la dosis no es tóxica, sino eficaz sin agravar. Y, por último, el *Principio de totalidad* recoge al ser humano como un todo integrado e inserto en cierto contexto, sin fragmentar órganos, funciones o saberes (anatomía, patología, bioquímica, etc.)<sup>6</sup>. Baste ahora con dejar constancia de ello, sin confundirlo con ninguna cosmovisión particular (lo dicho de Grecia es una referencia histórica y temática respecto al axioma de la unidad vital), y sin oponerlo frontalmente a la medicina oficial, como muestra su relativo parecido con las vacunas.

La homeopatía nació a finales del siglo XVIII de la mano de Samuel Hahnemann (1755-1843), cuando ciertos datos ajenos y la dolorosa experiencia de los límites de su práctica médica convencional le llevaron a investigar y codificar este nuevo campo. Así pasó de la genérica formulación hipocrática a una rigurosa observación y experimentación de remedios, sobre la base de que la homeopatía evita todo aquello que debilita la *fuerza vital* del organismo (dolor, sangrías, eméticos, etc.), de manera que el enfermo recupere la salud al reaccionar al medicamento adecuado que «modifica dinámicamente» su estado, pues todo depende de esa fuerza propia. Una curación «suave, rápida, segura y duradera» evita primero cualquier desgaste o *tortura* al paciente, y después aplica el fruto de una cuidadosa meditación sobre las causas y los remedios de la enfermedad: «Cuando la fuerza vital instintiva e incapaz de raciocinar, pero automáticamente activa, ha sido arrastrada a acciones anormales, debe ser modificada por una afección morbosa análoga, que, producida por un medicamento elegido homeopáticamente, enferma a la fuerza vital por vía del remedio, pero en forma un poco más fuerte que la enfermedad natural», desplazando a ésta y estimulando «toda su energía» (del paciente) de forma controlada, para dominar luego más fácilmente la enfermedad medicamentosa reglada por las dosis<sup>7</sup>. Aunque luego se analizarán los conceptos, queda claro el procedimiento básico: la enfermedad consiste en el debilitamiento de esa energía esencial e inconsciente que debe ser estimulada y reconducida, una vez se ha sustituido su primera forma reactiva por una segunda inducida y guiada.

<sup>6</sup> Cf. A. GARCÍA ANSORENA, *op. cit.*, pp. 23 s. y 29 ss., respect.

<sup>7</sup> A. HAHNEMANN, *Organon de la medicina*, (según la 6ª ed. de 1842; la 1ª es de 1810), edición del Dr. Q.-F. Kurt Hochstetter, Editorial Hochstetter, Santiago de Chile, 1980 (3ª imp.), *Introducción*, p. 24, y antes p. 13. En adelante citaré el n° de artículo o párrafo -en total son 291- y de página.

Junto al maestro alemán, hay que destacar la tradición norteamericana encarnada por James Tyler Kent (1849-1916), atento comentador de aquél, en quien veía plasmado un designio divino para aliviar el sufrimiento. Tyler Kent insiste en la extraordinaria importancia de ver en la homeopatía tanto un arte como una ciencia, donde el conocimiento fisiológico, patológico, etc., debe preceder a la aplicación experimentada y sumamente cuidadosa de los remedios<sup>8</sup>. Estudio y sabiduría frente al mero empirismo y al puro positivismo, sin caer en tramposos excesos tecnicistas -se dice- que sólo ocultan la ignorancia e impiden la buena relación con el enfermo. El auténtico médico debe, por el contrario, conocer profundamente al ser humano: «conocer el corazón humano es conocer las cosas que están en el hombre», lo cual empieza por la propia introspección, hasta llegar a obtener «la simpatía de todos» y saber usar «el lenguaje del cariño»<sup>9</sup>. Talante humanista en la base de esta medicina, como debe haberlo en cualquiera, pues sin él no sólo se pierde calidad personal sino eficacia terapéutica, tanto más cuando a menudo se trata de problemas funcionales antes que orgánicos. Quizá por eso la homeopatía alcanzó notable difusión y, aunque siempre minoritaria, una aceptación creciente en muchos países. España entre ellos desde 1824 (y especialmente con la fundación en 1845 de la Sociedad Hahnemanniana Matritense) hasta la II República, con actividades docentes, publicaciones, congresos, la construcción en 1873-78 del Instituto Homeopático y Hospital de San José, etc.; de la mano de notables médicos como José Núñez Pernía o Anastasio García López, entre otros. Se reclamaba -entonces como ahora- libertad de ejercicio con titulación, contraste público del método y la legislación pertinente, para el llamado «método terapéutico inclusivo, que absorbe a los demás, habiendo venido a satisfacer la necesidad, por tantos siglos sentida, de una terapéutica racional y filosófica, de la que la ciencia carecía»<sup>10</sup>. Es momento de analizar la cuestión a través de los textos fundacionales.

## II. Lógica y sistema de la homeopatía

Una primera aproximación filosófica debe tratar al menos cuatro grandes aspectos: causalidad, método empírico, fuerza vital y tratamiento, con algu-

<sup>8</sup> Cf. J. TYLER KENT, *Filosofía Homeopática*, trad. Augusto Vinyals Roig, Madrid, Ed. Bailly-Baillière, 1926, Prefacio y Lección VI, respect., pp. 9 y 88 (Citaré siempre así: n° en romanos de la lección y página). Esta obra es un extenso comentario para usos universitarios de la ya citada de Hahnemann.

<sup>9</sup> Id., XXV, p. 236; y antes XII, p. 133. Un buen ejemplo de esta comprensión es oponer el goce (p. ej. en el amor al trabajo de los médicos, que a veces arriesgan su vida en epidemias) al miedo, pues «el miedo es una causa abrumadora de enfermedad», XXIX, p. 268.

<sup>10</sup> A. GARCÍA LÓPEZ, «Necesidad de un Hospital Homeopático para los pobres y de la enseñanza teórico-práctica de la Homeopatía» en *El Criterio Médico*, 25-12-1864; recogido por Fundación Instituto Homeopático y Hospital de San José, *Recopilación histórica*, n° 6, Mayo, 1998, Madrid, p. 34. Hay que decir que García López fue Catedrático de Fisiología e Higiene en Salamanca, Licenciado en Filosofía y Diputado a Cortes en la I República, haciendo coincidir en una sola intención emancipadora estas tres actividades.

nas derivaciones antropológicas y de cosmovisión. Pero sin abandonar el nervio común, previo a las distintas ideologías e interpretaciones, que concibe la homeopatía como «orden y ley» naturales y que cifra su fondo y forma en el adagio *Multum in parvo*<sup>11</sup>. Lo que se busca es un conjunto de reglas seguras y nociones claras que aprehendan la inteligibilidad de la naturaleza en lo referente al cuidado de la existencia. Empeño siempre marcado por el contexto histórico, como es evidente, con sus aciertos y limitaciones teóricas, pero al final dirigido a una praxis curativa que rechaza y evita en lo posible *todo* sufrimiento.

### 1. Sobre la causalidad

Hahnemann indaga lo que podría llamarse la causa profunda de la enfermedad: en vez de quedarse en la «causa material» o «causa próxima», denominada así por la medicina convencional con la intención de eliminarla (p. ej. mediante el vómito en afecciones estomacales y biliosas), hay que ir más allá de los síntomas aislados y de los esfuerzos debilitantes que aumentan el problema, hasta llegar en un segundo momento a la *fuera vital* (causa verdadera), cuya afectación morbosa «es la que origina la enfermedad»; cosa que ocurre por motivos internos o por la acción eventual de alguna «causa excitante o sostenedora» (heridas, estímulos ambientales perniciosos, etc.)<sup>12</sup>. En espera de entrar en el método de diagnóstico, esta apreciación sobre las causas se basa ya –por vía negativa– en las insuficiencias de la práctica habitual, que parece limitarse a causas mecánicas externas y aspectos fragmentarios, sin ir a la raíz ni hacer una consideración de conjunto. Por el contrario, es obligado remontarse desde los sucesivos efectos o estados que se dan en un proceso patológico hasta las causas o formas previas del mismo, de modo que desde el fin se vuelva al principio. Eso es lo que se entiende por seguir la «corriente natural», de modo que si primero enferma el interior (psíquico) y después el exterior (tejidos, órganos), en ese mismo orden deben restaurarse en la curación: «de dentro hacia afuera y de arriba hacia abajo», es decir, de lo más a lo menos importante. Lo que significa, en tercer lugar, que se ha llegado al origen o causa primera de las dolencias («causa activa interna» y no «causa externa aparente» o desencadenante), que no es otra que el trastorno del «orden vital» que lo gobierna todo, desde lo más íntimo hasta la piel, por lo que este orden también se considera como la «causa final de las funciones del cuerpo»<sup>13</sup>. La clave está en reconstruir el *orden*, en el doble sentido de seguir la secuencia apropiada hacia atrás (en el diagnóstico) y desde ahí hacia adelante (en la curación), así como de armonizar los distintos elementos y relaciones psicofísicas en el conjunto vivo que forman. Hay que llegar al

<sup>11</sup> Cf. E. WRIGHT HUBBARD, *Homeopathy as Art and Science*, Beaconsfield Bucks, Beaconsfield Publishers, 1990, p. 13. Esta autora es una de las más importantes figuras estadounidenses en la materia.

<sup>12</sup> Cf. los tres pasos, en Hahnemann, *op. cit.*, Introd., pp. 17 y 20; y art. 7, p. 33, respect.

<sup>13</sup> J. TYLER KENT, *op. cit.*, respect., I y XXIV, pp. 22 y 226; II, pp. 37 y 39; VII y VI, pp. 84 y 82.

fondo de la cuestión, o sea, a la fuerza vital plasmada en una constitución individual dinámica y afectada por unas circunstancias particulares.

El asunto se ilustra al considerar que ni siquiera una erupción cutánea puede separarse de la «vida entera» del organismo, pues «tan íntimamente enlazadas están las partes del cuerpo formando un todo indivisible en cuanto al modo de sentir y obrar», que es obligado vincular el todo y las partes, lo general y lo local, sin cortes aislantes<sup>14</sup>. Quiere decirse que el enfoque holista desplaza por completo al atomista, de manera que la salud supone el restablecimiento de las relaciones fluidas entre todos los niveles (mente y cuerpo, órganos y funciones), a partir de esa energía única que los anima y conforma. De ahí que los homeópatas reivindicquen tener no sólo más «sentido filosófico», sino también más «sentido común» al tratar las patologías, pues un síntoma como el dolor puede tratarse con su contrario alopático que es el estupefaciente, pero no así los *síndromes*, es decir, el conjunto complejo de afecciones que no tiene un contrario simple. La conclusión es que la enfermedad no es algo ajeno, sino «una forma atípica, pero sustancial, de vida. Decía un refrán antiguo: *Sicut caput dolet cetera membra dolent*, y así es: enferma todo el cuerpo aun en un caso de esguince (...) no se cura con drogas ninguna enfermedad si no coadyuva la naturaleza»<sup>15</sup>. Sólo hay, por tanto, causas y efectos *globales* en este planteamiento que distingue los planos sin disyuntarlos, y que apela siempre a la reacción natural del organismo.

## 2. Método y diagnóstico

Lo que permite sentar principios es observar con extrema atención la realidad humana en todas sus facetas. Hahnemann indica que tan minucioso examen no sólo atañe al historial clínico del paciente y a los datos presentes de la dolencia, sino también a «su constitución física..., su carácter moral e intelectual, sus ocupaciones, modo de vivir y costumbres, su situación social y doméstica, su edad, práctica sexual, etc.»<sup>16</sup>. Semejante encuesta busca una imagen totalizadora de la vida humana, de las causas de los problemas y su posible solución. Aunque más tarde se hable del *terreno* (o tipología básica), cabe adelantar que a cada individuo le corresponden unos remedios homeopáticos particulares en función de todos esos datos médicos y personales, una vez que es ubicado en un grupo característico y se afina todo lo posible. Para ello hay un amplio catálogo de medicamentos experimentados, tanto los específicos para patologías concretas como los llamados *de fondo* para regular ciertos tipos de personas, según penetrantes definiciones psicofísicas, temperamentales, etc., a veces hasta lo insólito. Esta *personalización* (reverso del enfoque holista) se plasma para el observador en «la totalidad de los sínto-

<sup>14</sup> Cf. A. HAHNEMANN, *op. cit.*, art. 189, p. 118.

<sup>15</sup> H. RODRÍGUEZ PINILLA, *Mi testamento médico*, Anales de la Academia Nacional de Medicina, 1935; en Fundación Instituto Homeopático..., *loc. cit.*, p. 103.

<sup>16</sup> A. HAHNEMANN, *op. cit.*, art. 5, p. 32.

mas, esta imagen reflejada al exterior del carácter íntimo de la enfermedad, es decir, de la afección de la fuerza vital», y sólo así la propia enfermedad «da a conocer el remedio que necesita» y determina su elección por parte del médico<sup>17</sup>. Nótese que hay un *continuo* entre la fuerza vital inconsciente y los rasgos personales, lo que se refleja en un conjunto articulado de síntomas que, a su vez, demanda cierto remedio.

Se responde así a una antigua demanda, formulada incluso por los más egregios defensores del conocimiento de lo universal en lo particular: según Aristóteles, «el médico no cura, salvo por accidente, al hombre (genérico), sino a Calías o a Sócrates... Si se posee la noción sin la experiencia y, conociendo lo universal se ignora lo individual que en él está contenido, se cometerán numerosos errores en los tratamientos, pues, ante todo, lo que hay que curar es el individuo» (*Met. A*, 1, 987a 19ss). No bastan las estructuras comunes y anónimas, si no se personaliza cuanto sea posible mediante la experiencia; al igual que es necesaria la noción universal de salud (el bien), pero más aún la versión particularizada en cada uno (*Et. Nic.*, I, 6, 1097a 10). Esta medicina –he aquí el tema esencial– sale al paso de la vieja cuestión filosófica: el homeópata debe relacionar múltiples informaciones, según su conocimiento y experiencia, así como reflexionar largamente y tantear cuanto sea necesario, para conjugar lo objetivo-universal y lo subjetivo-particular, sin prisas pero eficazmente. Y con todos los reajustes que sean necesarios para afinar. Eso es practicar una ciencia y un arte, gracias a la previa formación humanista que incluye ambas cosas y entiende al individuo en su contexto específico.

Tyler Kent añade que al necesario saber anatómico-fisiológico debe completarle el de la sintomatología en clave homeopática, que en absoluto se reduce a aquél, sino que incorpora un «archivo de patogénesias»: las reacciones muy diversas que corresponden a cada sustancia probada en muchos individuos sanos y que se agrupan bajo el epígrafe de la toxicología que producen en estos sujetos de experimentación, para luego identificar esos mismos síntomas en los enfermos y curarlos con la sustancia en cuestión<sup>18</sup>. De este modo, al saber convencional sobre disfunciones, lesiones, etc, se añade otro en un plano más general o «inclusivo» (según afirmaba A. García López), que concilia la base orgánica funcional y el complejo psíquico dinámico en aras de un diagnóstico completo, donde a veces hay coincidencia entre alopatía y homeopatía y otras no. Por ejemplo, en una afección determinada –que ante todo es un «cambio de estado»– pueden primar los cambios de humor, de aficiones, deseos o aversiones; y esto no tiene que ver con tejidos u órganos, sino con los desórdenes profundos o falta de armonía global que Fincke llamaba «desafinación»<sup>19</sup>. Por lo demás, el resultado final arroja una amplia categorización experimental de sustancias y procesos (luego matizados en tipos, sub-

<sup>17</sup> Id., art. 7, p. 33.

<sup>18</sup> J. TYLER KENT, *op. cit.*, IX, p. 114; XXII, p. 208.

<sup>19</sup> Cf. Id., VI, p. 78.

grupos, diluciones, dosis, etc.) que cartografiaban la naturaleza de los seres y de sus afecciones.

Es importante reparar en que todo ello no es fruto de la especulación (al igual que dijo Hipócrates), sino del arduo trabajo empírico, convenientemente analizado. Ya en el ámbito previo de la observación queda claro el asunto para no confundir el sentido filosófico del método: «Bien enterado de la futilidad de las especulaciones trascendentales que no son confirmadas por la experiencia, el observador perspicaz y exento de prejuicios no puede notar en cada enfermo individual más que los cambios en la salud del cuerpo y de la mente (fenómenos morbosos, accidentes, síntomas) que pueden ser percibidos por medio de los sentidos; es decir, notar solamente las desviaciones del estado de salud del enfermo», que ve él mismo, quienes le rodean y el médico<sup>20</sup>. Da la impresión de que esta restricción metódica tiene un alcance general: no es sólo una forma de evitar teorías dispares o confusas sobre lo que no es visible en la patología, sino una cautela mental. Haya o no una referencia implícita a su contemporáneo Kant, tal asepsia relativa significa que no caben teorías cerradas, sino sólo unas leyes contrastadas sobre la salud en cuyo marco entender casos individuales, y éstos además en términos no esencialistas, sino de cambios de estado recogidos en un «conjunto de signos perceptibles». Nada parece inmutable y, en el marco de las tendencias particulares de cada uno, siempre es posible mejorar en algún sentido.

### 3. *Fuerza vital y otras concepciones*

La fuerza vital (también llamada principio vital) es decisiva en este planteamiento, como ya se ha visto: es el núcleo que define al ser vivo y por tanto a la salud y la enfermedad, que son su normal o alterado desempeño. Hahnemann la describe como poder «autocrático», invisible e inmaterial, activa por sí misma y presente en todo el organismo: es la energía dinámica que «armoniza y gobierna» sus partes, tanto respecto a las sensaciones como a las funciones, luego «anima» la base material y permite sentir y obrar, conservarse y no desintegrarse por la acción externa; pero también es «instintiva e ininteligente», y por ello incapaz de curarse a sí misma, pues si pudiera hacerlo nunca habría enfermedad, de ahí que el «espíritu dotado de razón que existe en nosotros» –y que se apoya en ella– se ocupe de los fines más altos, incluido restablecer la salud por medio del conocimiento adecuado<sup>21</sup>. Es fácil apreciar la postura «antimaterialista», como dice el autor, propia del *vitalismo* que bajo diversas expresiones atraviesa la historia del pensamiento. En este caso, esa fuerza no es reductible a lo físico-químico y niega el mecanicismo en todas sus facetas, pues en ella reside la vida y si ella falta el organismo «está muerto... se descompone y se desintegra en sus elementos químicos» (art. 10). Aquí está la clave del holismo referido y de la coordinación general de nive-

<sup>20</sup> A. HAHNEMANN, *op. cit.*, art. 6, p. 32.

<sup>21</sup> Cf. *Id.*, art. 9, 10 y 11, pp. 34 s.

les y planos del ser, tales como la unidad psicofísica y las reacciones globales de todo tipo. Hahnemann, que no es muy explícito en los detalles, va ahora más allá del riguroso empirismo que defiende, aunque tal vez sólo pretenda nombrar una energía fundamental y necesaria en las relaciones salud-enfermedad: al margen del nombre que se use, hay que suponer un principio regulador del conjunto y una capacidad dinámica –un sistema de sistemas diríamos hoy–, que además está descentralizado y se manifiesta de las formas más dispares<sup>22</sup>.

El médico alemán no ahonda las dualidades, sino todo lo contrario: el organismo es inconcebible sin la fuerza vital que lo anima, del mismo modo que ésta es impensable sin aquél. «Por consiguiente, los dos constituyen una unidad, aunque nuestra mente separe esta unidad en dos concepciones distintas a fin de que se comprenda más fácilmente»<sup>23</sup>. Si a este argumento utilitario-pedagógico, que fragmenta lo que de suyo es unitario, se añade que sólo podemos conocer la fuerza (invisible) por sus efectos y patologías observables, así como por las reacciones curativas que provocan los medicamentos que la estimulan, el balance final es bastante prudente. De hecho, hasta la naturaleza última de los remedios es desconocida: «Esta fuerza inmaterial que altera el estado de salud del hombre y por consiguiente puede curar enfermedades permanece oculta en la esencia íntima de los remedios y no podemos conocerla en sí misma por los solos esfuerzos de la razón. Únicamente por la experiencia que obtenemos de los fenómenos que desarrolla sobre el organismo humano, podemos tener un conocimiento claro de ella»<sup>24</sup>. No se sabe cuál es la naturaleza de la fuerza vital ni la esencia de los remedios, al margen de los efectos experimentales, pues escapan a la razón teórica. Pero hay que suponerlas emparentadas, si es que no son dos expresiones de una misma fuerza o causa común de causas, cuyo carácter anónimo se personaliza en el nivel del sujeto consciente.

Este reconocimiento de los límites de la razón (en una medicina que se define como *racional* porque en un segundo momento es capaz de retroactuar sobre esa fuerza), obliga a tener cautela a la hora de asimilar la homeopatía a tal o cual corriente filosófica o autor. Es obvio que hay influencia de la filosofía romántica de la naturaleza, de lo cual baste citar que Goethe –gran defensor de la homeopatía<sup>25</sup>– se erige en precursor, y su médico Hufeland en el protector de las medicinas naturales. El genio de Weimar realiza una severa crítica al racionalismo mecanicista imperante por ser desnaturalizador y des-

<sup>22</sup> E. Wright Hubbard señala que lo biológico y lo humano están más allá de lo químico, y que, se llame “fuerza vital” o simplemente “vida”, hay algo no reductible al grosero materialismo ni tampoco a la superstición espiritualista, cf. *op. cit.*, p. 5.

<sup>23</sup> A. HAHNEMANN, *op. cit.*, art. 15, p. 36.

<sup>24</sup> *Id.*, art. 20, p. 37.

<sup>25</sup> “Creo más que nunca en esta maravillosa teoría porque he experimentado su eficacia” (Carta de 2-9-1820), cit. en T. M. COOK, *Samuel Hahnemann. The Founder of Homeopathic Medicine*, Wellingborough, Thorsons Publishers Limited, 1981, p.120.

humanizador, reduccionista y ahistórico, mientras que su alternativa pasa por un enfoque vitalista que retoma la teoría de los humores hipocrática y añade un energetismo bio-dinámico, combinación que bien puede resumirse en la unidad totalizadora del espíritu (*Geist*)<sup>26</sup>. Luego es clara la presencia de un contexto filosófico que apela a una naturaleza viva y plástica, de la que participan los hombres cualitativamente en todos los aspectos de la existencia. Pero Hahnemann (que publicó su primer artículo homeopático en 1796 en la revista médica del Dr. Hufeland) no da el paso del vitalismo antimecanicista al organicismo universal, menos aún al panteísmo (era deísta y masón); y se conforma con citar al divino Creador y Conservador del hombre, en cuya Providencia descansa esta terapéutica, sin hacer extrapolaciones filosóficas de alcance general.

Por su parte, Tyler Kent afirma que la fuerza vital es aquello que confiere *estructura* metafisiológica al ser vivo: une el interior con el exterior y ejecuta el *gobierno* global y la *economía vital* del sujeto, de modo que el todo es más que la suma de las partes porque «los órganos no son el hombre»<sup>27</sup>. El autor estadounidense escribe un siglo después que su maestro y apunta cosas interesantes, pues parece referirse, respectivamente, a cierta arquitectura sistémica, algún tipo de autorregulación y a las transacciones múltiples entre el todo y las partes, todo lo cual supone que hay indicios de la idea actual de *organización* emergente en el ser vivo. Da la impresión de que la fuerza vital cumple la función de nombrar una realidad orgánica e identitaria más compleja de lo que se suponía hasta entonces, aunque se haga mediante un saber impreciso y a veces exagerado. De hecho, sería posible revisar críticamente estos discursos a la luz de conocimientos posteriores, de manera que una nueva teoría del sujeto -no deudora del mecanicismo ni del vitalismo- pueda contribuir a la formulación de una medicina integral. Y me parece que los trabajos de Edgar Morin son especialmente apropiados para ello (cf. *El método II. La vida de la vida*)<sup>28</sup>.

Por otro lado, Tyler Kent proporciona un boceto antropológico y cosmológico: parte del hecho de que Hahnemann y sus discípulos ya consideraban los «síntomas mentales» como los más significativos para definir la enfermedad y el remedio; cosa que él explica afirmando que el corazón (o voluntad) y el entendimiento son los dos principios más profundos del ser humano, cuya conjunción produce y ordena todo lo demás (vida, cuerpo y acción)<sup>29</sup>. Esta dimensión interna (lo que se siente y se piensa) forma la unidad básica de la vida y dirige un segundo plano intermedio que es el de la mismísima fuerza

<sup>26</sup> Puede verse un estudio detallado en O. PIULATS, "Filosofía y medicina natural en el romanticismo y la modernidad", en *Medicina y Filosofía*, I Jornadas, J. A. Antón y otros (eds.), Seminario de Medicina y Filosofía, Sevilla, Facultad de Filosofía, 1999, pp. 141-158.

<sup>27</sup> J. TYLER KENT, *op. cit.*, I, pp. 24-28; III, p. 46.

<sup>28</sup> He presentado oralmente un desarrollo de este tema en el marco de unas conferencias sobre homeopatía (*Filosofía y salud*, Madrid, 27-10-2000), todavía sin publicar.

<sup>29</sup> Cf. J. TYLER KENT, *op. cit.*, II, pp. 31 y 27, respect.

vital (sustancia simple, inmaterial y formativa), a través de la cual actúa sobre una tercera dimensión (externa) que es la sustancia material corpórea, a su vez coordinada por el cerebro, la médula y los nervios. Los tres planos están presentes en todo, de forma que «no hay célula en el hombre que no tenga su propia voluntad y su entendimiento, su sustancia del alma... o sustancia simple, y su sustancia material»<sup>30</sup>. Semejante esquema, por cuestionable que sea hoy, pretende responder al gran problema de la realidad psicósomática y al indudable peso de los afectos e ideas sobre la salud. La fuerza vital sería, entonces, la intermediaria entre la conciencia y la carne, de ahí su carácter híbrido (organiza aunque es ciega), lo que permite reformular la noción de jerarquía de niveles y de causas: Hahnemann hablaba del espíritu dotado de razón que se aupaba sobre la función casi autónoma y cohesionadora de la fuerza vital inconsciente, rectora del organismo, pero ahora se insiste en el protagonismo de lo psíquico (vida) como determinante del cuerpo (materia) por medio de la fuerza (alma). Además, los tres principios tienen cierto carácter holográfico porque el todo está presente en la parte (a escala), en este caso en la célula, aunque su acción ahí es refleja (la célula no piensa, pero computa).

El riesgo es mayor cuanto más se aleja uno de lo observable, por ejemplo al postular que la armonía es resultado de un principio y que la fuerza vital no es «energía *per se*», sino el efecto de otra causa más poderosa, ya que «por medio de sus sentidos, el hombre nunca ha sido capaz de probar que existe algo, a no ser su propia existencia»<sup>31</sup>. El autor rebasa los cautos límites empiristas de Hahnemann y se aventura por otras vías cosmo-teológicas (influido por Swedenborg) más explícitas: Dios es la causa primera que ordena eternamente la cadena de lo real desde lo supremo hasta lo ínfimo, y le inyecta un flujo energético continuo por la «conexión de todas las series». Hay una *sustancia simple*, inteligente y formativa, que da a cada cosa su identidad propia y su tipo de vida, de manera que cada animal, vegetal o mineral obedece «leyes invariables» y sigue sus formas particulares (en estado normal), de acuerdo al orden cósmico. Esta sustancia invisible anima los cuerpos y es causa de la fuerza vital, penetra la materia sin perturbarla ni reemplazarla, y genera todas las funciones y «proporciones» individuales, así como la «cooperación» última de todo lo existente. «Coordinación y armonía» del universo entero que el Creador establece por medio de ella, que a su vez existe también en formas compuestas y complejas, es decir, según diversas relaciones y en cualidades y grados de sutilidad distintos, más allá del espacio-tiempo y de las leyes ordinarias de la ciencia.

En el caso humano, según consta ya, la sustancia es triádica: su grado más sutil corresponde a la voluntad y el entendimiento, después está el alma expresada a través de la fuerza vital que controla y regula las fuerzas orgáni-

---

<sup>30</sup> Id., p. 56.

<sup>31</sup> Id., VIII, p. 94 y, antes, p. 92.

cas, y por último los tejidos, etc.; de modo que la enfermedad y la curación residen en la sustancia simple que buscan afectar los remedios homeopáticos<sup>32</sup>. Aparte de cierta confusión y oscuridad, queda claro el afán por remontarse de la materia visible a las causas invisibles, de lo inercial a lo dinámico, aunque –como dice el propio Tyler Kent– el empeño sea tachado de puro «ensueño». Por lo demás, la filosofía natural subyacente remite a la gran tradición de pensamiento que concibe el *Cosmos* como una perfecta conjunción de diseño unitario, animista y bellamente ordenado, pleno y rico en su diversidad, según el plan del gran Artesano creador. La lectura médica de todo ello radica en la sustancia simple que hace de puente entre la cosmología y el ser humano, y en la idea transversal de orden (salud) o desorden (enfermedad) de la misma. La homeopatía actúa, según esto, en esa sustancia común a lo visible y lo invisible, y por eso obtiene resultados globales al restaurar la energía del sujeto, a través de la cual éste participa de un universo armónico. Sin embargo, no deja de ser una cosmovisión personal que no afecta al núcleo terapéutico de la homeopatía que aquí se comenta, especialmente por lo que sigue a continuación.

#### 4. Tratamiento y terreno

Una vez reconocido que los problemas agudos y quirúrgicos requieren otros medios, la homeopatía se precia de obtener importantes frutos curativos. Ya se dijo que el principio básico de su acción consiste en usar sustancias que producen ciertos síntomas en los sanos y hacen desaparecer los mismos en los enfermos: sanar «excitando ciertos efectos y síntomas (es decir produciendo cierto estado morbosos artificial) que remueven y anulan los síntomas ya existentes (o sea, la enfermedad natural que se quiere curar)»<sup>33</sup>. No hay un naturalismo ingenuo, sino la modificación *artificial* de lo natural según pautas que enseña la «experiencia pura –el único e infalible oráculo del arte de curar–» (art. 25), a través de la acción de lo semejante a lo padecido. El remedio debe ser más potente que la «enfermedad natural» para poder sustituirla e imponer así a la fuerza vital la patología inducida, la cual tiene la ventaja de regularse por las dosis y ser más breve, además de no producir efectos secundarios. Se trata de que a la «acción primaria» del medicamento que altera esa fuerza le suceda la «acción secundaria o reacción» de ésta, opuesta y proporcional a aquélla, de modo que la «energía propia» busque automáticamente la autoconservación curativa<sup>34</sup>. Hay algo parecido al *conatus* spinozano (entre otros autores posibles) en ese reflejo autopreservador, en esa fuerza constituyente que dinamiza la existencia y se opone a lo que la perturba, con el añadido de que la «resistencia» interna y la oposición son provocadas.

<sup>32</sup> Cf. Id., VIII, pp. 95-104.

<sup>33</sup> A. HAHNEMANN, *op. cit.*, art. 22, p. 38.

<sup>34</sup> Cf. Id., art. 29 y 30, pp. 40 s.; y art. 63, 64, pp. 57 s., respect.

Hahnemann insiste en que no importa cuál sea la «explicación científica» del proceso curativo, sino que basta con la «explicación más verosímil, pues está fundada en premisas derivadas de la experiencia»<sup>35</sup>. De nuevo se impone la cautela para afirmar que son los hechos los que permiten afirmar la «ley terapéutica natural» de la curación por lo semejante. La experiencia indica que «las fuerzas enemigas –tanto psíquicas como físicas– a que estamos expuestos (...) solamente nos enferman cuando nuestro organismo está predispuesto y susceptible a los ataques», como muestra el dato de que no enferman todos aquellos que están sometidos a esos agentes morbíficos<sup>36</sup>. De ahí la importancia de considerar el contexto general de la vida del paciente y de ofrecer una respuesta también global, pero que sepa discriminar los factores concurrentes en cada caso. La ventaja de los medicamentos homeopáticos es que no están sometidos a las variaciones personales y circunstanciales, sino que siempre son igual de activos e incondicionales, por lo que su potencia se impone a la patología natural y desencadena una reacción más rápida y positiva. El proceso consiste en sustituir los azares naturales por la búsqueda metódica de «todas las variedades posibles de acción»<sup>37</sup>. Diríase que los remedios atraen, unifican y favorecen –dosificadamente– la reacción vital, lo que permite guiarla y adaptarla a cada caso. Una vez más, el médico alemán no se ocupa de supuestas esencias, sino de fuerzas y efectos tangibles que cambian el estado del paciente de forma duradera.

Tyler Kent, por su lado, define la curación como la restauración general del orden interno y externo, como un re-equilibrio de la economía vital que se traduce en el logro de *libertad*: «Con alejar los síntomas de una manera ordenada, con convertir el desorden en orden, para que los síntomas ya no tengan causa (pues ya hemos visto que cuando la economía se pone en orden, deja de manifestar síntomas), ponemos a los pacientes en libertad, tanto física como mentalmente»<sup>38</sup>. Recuérdese lo dicho de la secuencia causal para entender el doble sentido del orden, así como el carácter articulado de los síntomas cuya «utilidad» está en lo que revelan del interior. Ser libre significa aquí olvidarse del cuerpo (ya no se siente nada anormal) y vivir sin coacción, «pues la vida, en su sentido más amplio, es la libertad» (*ibid.*, p. 106). No cabe mejor conclusión que entender la salud como libre expresión de la vitalidad y como plataforma energética para cualquier proyecto personal. Claro que lo deseable es prevenir susceptibilidades y regular periódicamente a cada uno con el medicamento de fondo (o *Simillimum*) que mejor se adapta a la identidad completa de la persona. A este respecto se ha dicho que un cuidado de varias generaciones de niños según la «homeopatía constitucional de fondo»

<sup>35</sup> Id., art. 28, p. 40.

<sup>36</sup> Id., art. 31, p. 41. Por su parte, Tyler Kent apunta que esa susceptibilidad es el fundamento de todo contagio, pero también de toda curación –por la ley de similitud–, y que reside en la sustancia simple, cf. *op. cit.*, XXIX, p. 267.

<sup>37</sup> A. HAHNEMANN, *op. cit.*, art. 32 y 33, p. 42; y art. 51, p. 50, respect.

<sup>38</sup> J. TYLER KENT, *op. cit.*, IX, pp. 108 s.

supondría un cambio realmente importante para lograr salud y cierta felicidad en el mundo<sup>39</sup>.

La clave final de todo es la *práctica* que cataloga sustancias y síntomas, que descifra el lenguaje de cada enfermedad, que distingue grados y matices, vinculando lo común y lo particular, los órganos y la psique, sin olvidar la escala de reacciones y otras muchas variables<sup>40</sup>, en lo que no puede entrar un profano. Pero sí cabe una palabra más sobre los grandes tipos que se barajan para sistematizar el proceso: la homeopatía recupera y amplía el saber tradicional sobre los *temperamentos* (linfático, sanguíneo, bilioso, nervioso), que pueden cambiar a lo largo de la vida; así como sobre la *constitución* o conjunto de relaciones invariables de huesos-músculos-piel (tipos carbónico, fosfórico, fluórico, sulfúrico y mixtos); e introduce la *diatesis* o predisposición a enfermar de ciertos grupos de enfermedades. Las tres dimensiones constituyen el llamado *terreno* y la combinación flexible de todo ello permite individualizar los casos, desde lo metabólico hasta lo mental. Esta *biotipología* (que incluye aspectos morfo-psicológicos y morfo-fisiológicos) encamina el tratamiento (circunstancial y/o de fondo), por medio de uno o más medicamentos complementarios, y según ciertas dosis y diluciones<sup>41</sup>. Datos estructurales y funcionales que son matizados en cada persona y se ligan a los lazos *ecológicos* de toda clase (ambientales, laborales, afectivos, etc.), de modo que la propuesta terapéutica final es tan compleja como apasionante.

## Epílogo

La homeopatía pretende ser un saber globalizador, a la par que inocuo, que contribuye a ensanchar la noción de salud. Y si antes se habló del inicio de la filosofía, es bueno recordar que Descartes, el promotor de su segundo nacimiento, consideraba a la salud como el fundamento de otros bienes, hasta el punto de que una medicina psicosomática y atenta a las diversas constituciones personales era el mejor instrumento para promover la sabiduría individual y colectiva (cf. *Discurso del método*, VI). Si la filosofía es «medicina mentis» o cura del entendimiento, no menos radical es el concurso de una «medicina corporis» que la apoye y complemente. Quizá por eso el autor francés insiste en que todo su esfuerzo intelectual se dirige a la salvaguarda de la salud (*Carta a Newcastle*, oct. 1645), y se prodiga en consejos sobre dieta e higiene. Aunque resulte chocante en un contexto mecanicista, Descartes acaba apelando a una naturaleza viva, pues es a ella a quien debe obedecerse, dado que, «con su perfecta consciencia interna de sí misma, se conoce mejor

<sup>39</sup> E. WRIGHT HUBBARD, *op. cit.*, p. 8.

<sup>40</sup> Cf. como breve ilustración del asunto, J. TYLER KENT, *op. cit.*, XXXII y XXXIII, pp. 283-295.

<sup>41</sup> Cf. A. GARCÍA ANSORENA, *op. cit.*, pp. 67 ss.

que el médico, que opera desde fuera» (cf. *Conversación con Burman*, I). Sirva este ejemplo como último recordatorio de una necesidad ampliamente compartida, sea desde la cosmovisión antigua o desde la actitud moderna: hay que crear una visión integral e integradora de la vida humana y de su salud, donde filosofía y medicina colaboren estrechamente. La homeopatía propone vías para lograr ese fin y busca –una vez más– hacer compatible lo universal y lo particular, la naturaleza común y las naturalezas individuales, pero en esta ocasión del modo más real y práctico posible.